

Tercer Domingo de Pascua. Año B. «¡Alza sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro!» (Salmo 4, 7). *El rostro de Dios está en el rostro de Cristo: quien ve a Jesús ve a Dios Padre. Hoy día se pide a los creyentes no sólo «hablar» de Cristo, sino en cierto modo hacerlo «ver». Llegamos a la contemplación del rostro del Señor por la fe, dejándonos guiar por la gracia que viene del Padre. La contemplación del rostro de Cristo se centra en lo que dice de él la Escritura. Dios nos llama para que, en medio de las debilidades propias de quien es polvo y miseria, podamos reflejar de algún modo el rostro de Cristo.*

- ❖ Cfr. Domingo 3º de Pascua Año B 26 abril 2009 1 Juan 2, 1-5; Lc 24, 35-48; Salmo Resp. 4,2.4-6.7.9; Hechos 3, 13-15.17-19

1. El punto culminante del Salmo: la alegría, paz y seguridad que Dios otorga al hombre que confía en Él

4,7: Muchos dicen: ¿«Quién nos hará ver la dicha»? ¡Alza sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro!

• **Libros poéticos y sapienciales, Eunsa 2001**, Sal 4, 7b-9: El punto culminante del salmo es la alegría, paz y seguridad que Dios otorga al hombre que confía plenamente en Él y acude a Él en los momentos difíciles. A la tribulación exterior, Dios responde concediendo paz interior.

• **Biblia de Jerusalén, Sal 4,7**: Expresión bíblica, frecuente en el Salterio, relativa a la benevolencia de Dios o de los reyes. El «rostro» es el aspecto exterior de algo (Sal 104,30; Gn 2,6,etc.), o de un hombre, cuyos pensamientos y sentimientos hace visibles (Gn 4,5; 31,2,etc.) Puede, pues, designar la personalidad («mi rostro» =yo, Sal 42, 6.12; 43,5,etc.) y su presencia, muy especial a propósito de Dios cuando se dirige al hombre. Como el hombre no puede ver a Dios (Ex 33,20+; 34, 9-35), Dios no «hace brillar la luz de su rostro» (ver Sal 31,17; 44,4; 80,4; etc.) más que en un sentido atenuado. Así hay que entender igualmente los pasajes en que el hombre busca a Dios (Sal 24,6; 27,8+; Jb 33,25; Am 5,4+), o lo contempla (Sal 11,7; 42,3).

▪ **La luz es símbolo de salvación**

• **P. Gironi, Luz /Tinieblass**, en Nuevo Diccionario de Teología Bíblica, Ediciones Paulinas 1990, pp. 1077-1084. La luz es símbolo de la salvación, que la Biblia expresa a través de las imágenes de la victoria (Ex 14,24 2R 19,35 Is 17,14 Ps 46,6), del triunfo del derecho y de la justicia (So 3,5 Ps 37,6 Os 6,5 Is 59,9), de la curación (Ps 56,14 Is 58,8 cf en el NT los milagros Is de curación Is de los ciegos realizados por Jesús) y de la iluminación que irradia del rostro de Dios (Nb 6,25; Ps 4,7 Ps 36,10 Ps 89,16). Las tinieblass expresan todo aquello que no es salvación: en ellas se concentra el pecado del hombre (Si 23,25-26); lo mismo que la noche, ellas son el tiempo del delito (Jb 24,13ss;cfJn 3,20; Ep 5,11); son símbolo de angustia, de miedo y del juicio final de Dios, que es el único con poder de transformar esta connotación negativa de las tinieblass en luz de salvación (Is 8,23-9,1; 10,17; 42,16; 58,8-10; Miq 7,8s; 2Co 4,6). (Diccionario RAVASI 1843)

2. El rostro de Dios está en el rostro de Cristo

▪ **Jesús revela al Padre: quien ve a Jesús ve a Dios Padre**

• **Juan 14, 5-11**: 5 Le dice Tomás: « Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino? » ⁶ . Le dice Jesús: « Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. ⁷ . Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto. » ⁸ . Le dice Felipe: « Señor, muéstranos al Padre y nos basta. » ⁹ . **Le dice Jesús: « ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? »** ¹⁰ . ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras. ¹¹ Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras.

• **Nuevo Testamento, Eunsa 2004**, Juan 14, 1-14: El v. 9 es de una intensidad deslumbrante. Conocer a Cristo es conocer a Dios. Jesús es el rostro de Dios.

• **CEC 516:** Toda la vida de Cristo es Revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: «Quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14, 9), y el Padre: «Este es mi Hijo amado; escuchadle» (Lc 9, 35). Nuestro Señor, al haberse hecho para cumplir la voluntad del Padre (Cf Hb 10, 5-7), nos «manifestó el amor que nos tiene» (1 Jn 4, 9) incluso con los rasgos más sencillos de sus misterios.

• **2 Co 4, 5-6:** ⁵ No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús. ⁶ . Pues el mismo Dios que dijo: «De las tinieblas brille la luz», ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo.

▪ **La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo**

• **CEC 748:** «Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a todas las criaturas». Con estas palabras comienza la «Constitución dogmática sobre la Iglesia» del Concilio Vaticano II. Así, el Concilio muestra que el artículo de la fe sobre la Iglesia depende enteramente de los artículos que se refieren a Cristo Jesús. La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo; ella es, según una imagen predilecta de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna cuya luz es reflejo del sol.

▪ **Catequesis de Juan Pablo II**

• **16-12-1998:** 2. El punto de partida de nuestra reflexión son las palabras del evangelio que nos señalan a Jesús como Hijo y Revelador del Padre. Todo en él: su enseñanza, su ministerio, e incluso su estilo de vida, remite al Padre (*Jn 5,19 Jn 5,36 Jn 8,28 Jn 14,10 Jn 17,6*). El Padre es el centro de la vida de Jesús y, a su vez, Jesús es el único camino para llegar al Padre. "Nadie va al Padre sino por mí" (*Jn 14,6*). Jesús es el punto de encuentro de los seres humanos con el Padre, que en él se ha hecho visible: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Como dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre esta en mí?" (*Jn 14,9-10*).

• **13-1-1999:** 4. Desde que Jesús vino al mundo, la búsqueda del rostro de Dios Padre ha asumido una dimensión aun mas significativa. En su enseñanza, Jesús, fundándose en su propia experiencia de Hijo, confirmó la concepción de Dios como padre, ya esbozada en el Antiguo Testamento; más aun, la destacó constantemente, viviéndola de modo íntimo e inefable y proponiéndola como programa de vida para quien quiera obtener la salvación.

Mediante Cristo Dios no se limita a asegurarnos una próspera asistencia paterna, sino que comunica su misma vida, haciéndonos "hijos en el Hijo"

Sobre todo Jesús se sitúa de un modo absolutamente único en relación con la paternidad divina, manifestándose como "hijo" y ofreciéndose como el único camino para llegar al Padre. A Felipe, que le pide: "Muéstranos al Padre y esto nos basta" (*Jn 14,8*), le responde que conocerlo a él significa conocer al Padre, porque el Padre obra por él (*Jn 14,8-11*). Así pues, quien quiere encontrar al Padre necesita creer en el Hijo: mediante él Dios no se limita a asegurarnos una próspera asistencia paterna, sino que comunica su misma vida, haciéndonos "hijos en el Hijo". Es lo que subraya con emoción y gratitud el apóstol san Juan: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, y (lo somos!)" (1Jn 3,1).

▪ **Dominus Iesus**

• **Congregación para la Doctrina de la Fe, Dominus Iesus, 5:** Para poner remedio a esta mentalidad relativista, cada vez mas difundida, es necesario reiterar, ante todo, el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo. **Debe ser, en efecto, firmemente creída la afirmación de que en el misterio de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, el cual es " el camino, la verdad y la vida " (*Jn 14,6*), se da la revelación de la plenitud de la verdad divina:** " Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar " (*Mt 11,27*). " A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado " (*Jn 1,18*); " porque en él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente " (*Col 2,9-10*).

Fiel a la palabra de Dios, el Concilio Vaticano II enseña: " La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación ".⁹ Y confirma: " Jesucristo, el Verbo hecho carne, "hombre enviado a los hombres", habla palabras de Dios (*Jn 3,34*) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (*Jn 5,36 Jn 17,4*). Por tanto, Jesucristo -ver al cual es ver al Padre (*Jn 14,9*)-, con su total presencia y manifestación, con palabras y

obras, señales y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, y finalmente, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con el testimonio divino [...]. La economía cristiana, como la alianza nueva y definitiva, nunca cesará; y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (1Tm 6,14 Tt 2,13)".¹⁰

3. Un rostro para contemplar

Cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica "Novo millennio ineunte", 6 enero 2001

- ❖ Hemos de ser contempladores de su rostro para no sólo «hablar» sino en cierto modo hacerlo ver, siendo así testimonio (n. 16)

16. « Queremos ver a Jesús » (Jn 12,21). Esta petición, hecha al apóstol Felipe por algunos griegos que habían acudido a Jerusalén para la peregrinación pascual, ha resonado también espiritualmente en nuestros oídos en este Año jubilar. Como aquellos peregrinos de hace dos mil años, los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo « hablar » de Cristo, sino en cierto modo hacérselo « ver ». ¿Y no es quizá cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?

Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros *contempladores de su rostro*. El Gran Jubileo nos ha ayudado a serlo más profundamente. Al final del Jubileo, a la vez que reemprendemos el ritmo ordinario, llevando en el ánimo las ricas experiencias vividas durante este período singular, la mirada se queda más que nunca *fija en el rostro del Señor*.

- ❖ La contemplación del rostro de Cristo se centra en lo que dice de él la Escritura: con este fundamento nos abrimos al Espíritu Santo y al testimonio de los Apóstoles.

n. 17: "La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura (...) Teniendo como fundamento la *Escritura*, nos abrimos a la acción del Espíritu (cf. Jn 15,26), que es el origen de aquellos escritos, y, a la vez, al *testimonio de los Apóstoles* (cf. *ibíd.*, 27), que tuvieron la experiencia viva de Cristo, la Palabra de vida, lo vieron con sus ojos, lo escucharon con sus oídos y lo tocaron con sus manos (cf. 1 Jn 1,1)"

- ❖ Para los discípulos no fue fácil creer; un laborioso itinerario del espíritu ... Sólo la fe franquea el misterio de aquel rostro.

19. « Los discípulos se alegraron de ver al Señor » (Jn 20,20). El rostro que los Apóstoles contemplaron después de la resurrección era el mismo de aquel Jesús con quien habían vivido unos tres años, y que ahora los convencía de la verdad asombrosa de su nueva vida mostrándoles « las manos y el costado » (*ibíd.*). Ciertamente no fue fácil creer. Los discípulos de Emaús creyeron sólo después de un laborioso itinerario del espíritu (cf. Lc 24,13-35). El apóstol Tomás creyó únicamente después de haber comprobado el prodigio (cf. Jn 20,24-29). En realidad, aunque se viese y se tocara su cuerpo, *sólo la fe podía franquear el misterio de aquel rostro*. Ésta era una experiencia que los discípulos debían haber hecho ya en la vida histórica de Cristo, con las preguntas que afloraban en su mente cada vez que se sentían interpelados por sus gestos y por sus palabras.

- ❖ Llegamos a la contemplación del rostro del Señor por la fe, sólo dejándonos guiar por la gracia que viene del Padre. nn. 19-20

19 (...) A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea de Filipo (cf. Mt 16,13-20). A los discípulos, como haciendo un primer balance de su misión, Jesús les pregunta quién dice la « gente » que es él, recibiendo como respuesta: « Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas » (Mt 16,14). Respuesta elevada, pero distante aún —¡y cuánto!— de la verdad. El pueblo llega a entrever la dimensión religiosa realmente excepcional de este *rabbí* que habla de manera fascinante, pero que no consigue encuadrarlo entre los hombres de Dios que marcaron la historia de Israel. En realidad, ¡Jesús es muy distinto! Es precisamente este ulterior grado de conocimiento, que atañe al nivel profundo de su persona, lo que él espera de los « suyos »: « Y

vosotros ¿quién decís que soy yo? » (Mt 16,15). Sólo la fe profesada por Pedro, y con él por la Iglesia de todos los tiempos, llega realmente al corazón, yendo a la profundidad del misterio: « Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo » (Mt 16,16).

20. ¿Cómo llegó Pedro a esta fe? ¿Y qué se nos pide a nosotros si queremos seguir de modo cada vez más convencido sus pasos? Mateo nos da una indicación clarificadora en las palabras con que Jesús acoge la confesión de Pedro: « No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos » (16,17). La expresión « carne y sangre » evoca al hombre y el modo común de conocer. Esto, en el caso de Jesús, no basta. Es necesaria una gracia de « revelación » que viene del Padre (cf. *ibíd.*). Lucas nos ofrece un dato que sigue la misma dirección, haciendo notar que este diálogo con los discípulos se desarrolló mientras Jesús « estaba orando a solas » (Lc 9,18). Ambas indicaciones nos hacen tomar conciencia del hecho de que a la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia.

❖ Rostro del Hijo n. 24

24. No hay duda de que ya en su existencia terrena Jesús tenía conciencia de su identidad de Hijo de Dios. Juan lo subraya llegando a afirmar que, en definitiva, por esto fue rechazado y condenado. En efecto, buscaban matarlo, « porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios » (Jn 5,18). En el marco de Getsemaní y del Gólgota, la conciencia humana de Jesús se verá sometida a la prueba más dura. Pero ni siquiera el drama de la pasión y muerte conseguirá afectar su serena seguridad de ser el Hijo del Padre celestial.

❖ Rostro doliente: el aspecto más paradójico del misterio de Cristo n. 25

25. La contemplación del rostro de Cristo nos lleva así a acercarnos al *aspecto más paradójico de su misterio*, como se ve en la hora extrema, la hora de la Cruz. Misterio en el misterio, ante el cual el ser humano ha de postrarse en adoración.

Pasa ante nuestra mirada la intensidad de la escena de la agonía en el huerto de los Olivos. Jesús, abrumado por la previsión de la prueba que le espera, solo ante Dios, lo invoca con su habitual y tierna expresión de confianza: « ¡Abbá, Padre! ». Le pide que aleje de él, si es posible, la copa del sufrimiento (cf. Mc 14,36). Pero el Padre parece que no quiere escuchar la voz del Hijo. Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del « rostro » del pecado. « Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él » (2 Co 5,21).

Nunca acabaremos de conocer la profundidad de este misterio. Es toda la aspereza de esta paradoja la que emerge en el grito de dolor, aparentemente desesperado, que Jesús da en la cruz: « "Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?" —que quiere decir— "¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?" » (Mc 15,34). ¿Es posible imaginar un sufrimiento mayor, una oscuridad más densa? En realidad, el angustioso « por qué » dirigido al Padre con *las palabras iniciales del Salmo 22*, aun conservando todo el realismo de un dolor indecible, se ilumina con el sentido de toda la oración en la que el Salmista presenta unidos, en un conjunto conmovedor de sentimientos, el sufrimiento y la confianza. En efecto, continúa el Salmo: « En ti esperaron nuestros padres, esperaron y tú los liberaste... ¡No andes lejos de mí, que la angustia está cerca, no hay para mí socorro! » (22/21, 5.12).

❖ El rostro del resucitado n. 28

(...) Pero esta contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. *¡Él es el Resucitado!* Si no fuese así, vana sería nuestra predicación y vana nuestra fe (cf. 1 Co 15,14). La resurrección fue la respuesta del Padre a la obediencia de Cristo, como recuerda la Carta a los Hebreos: « El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen » (5,7-9).

La Iglesia mira ahora a Cristo resucitado. Lo hace siguiendo los pasos de Pedro, que lloró por haberle renegado y retomó su camino confesando, con comprensible temor, su amor a Cristo: « Tú sabes que te quiero »

(Jn 21,15.17). Lo hace unida a Pablo, que lo encontró en el camino de Damasco y quedó impactado por él: « Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia » (Flp 1,21).

Después de dos mil años de estos acontecimientos, la Iglesia los vive como si hubieran sucedido hoy. En el rostro de Cristo ella, su Esposa, contempla su tesoro y su alegría. « *Dulcis Iesu memoria, dans vera cordis gaudia* »: ¡cuán dulce es el recuerdo de Jesús, fuente de verdadera alegría del corazón! La Iglesia, animada por esta experiencia, retoma hoy su camino para anunciar a Cristo al mundo, al inicio del tercer milenio: Él « es el mismo ayer, hoy y siempre » (Hb 13,8).

❖ El rostro eucarístico: JP II Ecclesia de Eucharistia, nn. 6, 9

6. “Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, «misterio de luz». Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (Lc 24, 31)”.

9. (...) La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia.

❖ Si descubrimos a Jesús en la Eucaristía, aprenderemos a descubrirlo en los demás: Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de la Juventud 2004

“Buscadle con los ojos de la carne en los acontecimientos de la vida y en el rostro de los demás; pero buscadle también con los ojos del alma a través de la oración y de la meditación de la Palabra de Dios pues «la contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura» («Novo millennio ineunte», 17).” (...)

Queridos amigos, si aprendéis a descubrir a Jesús en la Eucaristía, sabréis descubrirlo también en vuestros hermanos y hermanas, en particular en los más pobres. **La Eucaristía recibida con amor y adorada con fervor se convierte en escuela de libertad y de caridad para realizar el mandamiento del amor.** Jesús nos habla el lenguaje maravilloso de la entrega de sí y del amor hasta el sacrificio de la propia vida. ¿Es algo fácil? No, ¡lo sabéis! **El olvido de sí** no es fácil; aleja del amor posesivo y narcisista para abrir al hombre a la alegría del amor que se entrega. **Esta escuela eucarística de libertad y de caridad enseña** a superar las emociones superficiales para arraigarse firmemente en lo que es verdadero y bueno; libera de la cerrazón en uno mismo y predispone a la apertura a los demás; enseña a pasar de un amor afectivo a un amor efectivo. **Porque amar no es sólo un sentimiento; es un acto de voluntad que consiste en preferir de manera constante el bien del otro al bien propio: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Juan 15, 13).**

Con esta libertad interior y esta ardiente caridad Jesús nos enseña a encontrarle en los demás, en primer lugar en el rostro desfigurado del pobre. A la beata Teresa de Calcuta le gustaba entregar una «tarjeta de visita» en la que estaba escrito: «Fruto del silencio es la oración; fruto de la oración la fe, fruto de la fe el amor, fruto del amor el servicio, fruto del servicio la paz». Este es el camino del encuentro con Jesús. **Salid al paso de todos los sufrimientos humanos con el empuje de vuestra generosidad y con el amor que Dios infunde en vuestros corazones por medio del Espíritu Santo:** «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mateo 25, 40). ¡El mundo tiene necesidad urgente del gran signo profético de la caridad fraterna! **No es suficiente, de hecho, «hablar» de Jesús; en cierto sentido hay que hacérselo «ver» con el testimonio elocuente de la propia vida** (Cf. «Novo millennio ineunte», 16).

4. Ante los desafíos de nuestro tiempo. No hay una fórmula mágica que nos salve, ni hay que inventar un programa. El programa ya existe: se centra en Cristo, a quien hay que conocer, amar e imitar.

Cfr. Juan Pablo II, Carta Apostólica “Novo millennio ineunte”

29: (...) No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz.

❖ Ese programa formula orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de los diversos lugares (cfr. nn. 29-42)

- Redescubrimiento del valor programático del cap. V de la Const. *Lumen gentium* sobre la llamada universal a la santidad nn. 30-31
- El cristianismo se debe distinguirse en el arte de la oración nn. 32-34
- Redescubrimiento de la Eucaristía dominical nn. 35-36
- El sacramento de la Reconciliación n. 37
- Respeto de un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia n. 38
- Renovada escucha de la Palabra n. 39
- El anuncio de la Palabra que implica la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios nn. 40-41
- Poner un decidido empeño programático en la *comunión* (*koinonía*). La espiritualidad de comunión, apostar por la caridad, etc. nn. 42-50

5. Es Cristo que pasa, 142

❖ Dios nos llama para que, en medio de las debilidades propias de quien es polvo y miseria, podamos reflejar de algún modo el rostro de Cristo.

De una manera espontánea, natural, surge en nosotros el deseo de tratar a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. De tratarla como se trata a una persona viva: porque sobre Ella no ha triunfado la muerte, sino que está en cuerpo y alma junto a Dios Padre, junto a su Hijo, junto al Espíritu Santo.

Para comprender el papel que María desempeña en la vida cristiana, para sentirnos atraídos hacia Ella, para buscar su amable compañía con filial afecto, no hacen falta grandes disquisiciones, aunque el misterio de la Maternidad divina tiene una riqueza de contenido sobre el que nunca reflexionaremos bastante.

La fe católica ha sabido reconocer en María un signo privilegiado del amor de Dios: Dios nos llama ya ahora sus amigos, su gracia obra en nosotros, nos regenera del pecado, nos da las fuerzas para que, **entre las debilidades propias de quien aún es polvo y miseria, podamos reflejar de algún modo el rostro de Cristo.** No somos sólo náufragos a los que Dios ha prometido salvar, sino que esa salvación obra ya en nosotros. Nuestro trato con Dios no es el de un ciego que ansía la luz pero que gime entre las angustias de la obscuridad, sino el de un hijo que se sabe amado por su Padre.

www.parroquiasantamonica.com